

Entre pasado y futuro: la crisis de la educación

Una relectura de los postulados de Hannah Arendt¹

Ximena Iommi A.

La lectura que haré hoy es un comentario al texto de Hannah Arendt: “La crisis de la educación”, conferencia recopilada en el texto “Entre pasado y futuro” editado por primera vez en los años sesenta.

Al releer este texto, nos sorprende su actualidad: la crisis de la educación comienza en esos años y perdura hasta nuestros días. Esto me recuerda un comentario del filósofo francés, Francois Fedier, quien comentó, a raíz del derrumbe de las torres gemelas, que él había tenido la clara percepción de que con ellas se derrumbaba también el mundo de la educación. ¡Qué razón y que certero comentario, cuando todos sabemos que la educación está en permanente crisis!

Así también los expone Arendt, quien reconoce la crisis general del mundo contemporáneo en su totalidad, deteniéndose en la crisis recurrente de la educación, que para la autora representa un problema político de primera magnitud. La gravedad del problema estriba en los innumerables esfuerzos de los gobiernos y de los profesores por contener el derrumbe de la educación en el siglo XX, sin encontrar las formas adecuadas para detener tal marea. De modo que es necesario tener en cuenta, que la crisis de la educación es un problema universal, y no sólo local.

Toda crisis nos obliga a volver a plantearnos preguntas y nos exige viejas y nuevas respuestas. Lo que no debemos hacer es responder a ella con prejuicios o juicios preestablecidos, pues en tal caso la crisis se vuelve un desastre. La escolarización representa en el mundo contemporáneo, al menos en los países americanos, un modo de inserción social, una manera de

¹ Ponencia presentada en los *Coloquios de Pensamiento Contemporáneo*, Centro de Estudios Humanísticos Integrados (CEHI), noviembre de 2008, Universidad de Viña del Mar.

acabar con la opresión y la pobreza. Esta es la razón por la cual el “Nuevo Mundo” permitía, por fin, el establecimiento de un nuevo orden secular.

Arendt se pregunta a continuación ¿Qué es la educación? y su respuesta a ello es la siguiente: la educación es la introducción en el mundo de los recién llegados, de los seres nuevos o los nuevos como decían en Grecia. La política interviene en ella, pues para establecer este nuevo orden secular, lo hace por vía de la educación, como una coacción sin uso de la fuerza, señala Arendt. El propósito político es alcanzar un mundo más equitativo, lejos de la pobreza y la opresión gracias a esta intervención política. El problema que surge de esta intervención política es el que le quitamos a los recién llegados la oportunidad de introducir lo propio que traen consigo, su propia novedad.

El mundo en el cual son introducidos “los nuevos” es de suyo un mundo viejo, preexistente, construido por los vivos y por los muertos, que sólo es nuevo para aquellos que acaban de entrar en él. América, la tierra de inmigrantes, fue sin duda la que permitió se llevara a cabo los propósitos políticos antes señalados.

Hoy, sin embargo, miramos al viejo mundo desde este borde, para que nos auxilie y nos ayude a encontrar respuestas frente a esta crisis de la educación.

Mario Góngora dirá en uno de sus textos, que los americanos somos más racionales de lo que parecemos ser y utilizamos utopías probadas con éxito en carne ajena. Así exportamos modelos educativos provenientes de otros mundos y otras realidades y los aplicamos, sin auto-crítica, pensando que con ello daremos solución a nuestros problemas sin tardanza.

El hecho significativo es que a causa de ciertas teorías, buenas o malas, se dejan de lado todas las normas de la sensatez humana, del sentido común y la consecuencia ineludible; prueba de ello es que cada crisis destruye una parte del mundo, es decir, destruye algo que nos pertenece a todos. Para Arendt, el fracaso del sentido común es la fisura por la cual podemos penetrar y comprender el hundimiento de la educación en el presente siglo. Fracaso del sentido común al aceptar de un modo acrítico teorías pedagógicas modernas, con el agravante de que la teoría política introduce el slogan “igualdad de oportunidades”.

La educación es un derecho cívico inalienable, de ahí que la asistencia a la escuela es obligatoria para todos los niños hasta el término de la enseñanza media (recientemente introducido en Chile). Esta es una realidad compartida por muchos países latinoamericanos y trae consigo dos consecuencias: por una parte, obliga a las universidades a hacerse cargo de la preparación

deficiente de todos aquellos alumnos que, al cabo de 12 años de escolarización, no lograron superar un nivel básico de preparación, situación que trae aparejada una titánica labor para las instituciones de educación superior, puesto que esto significa una sobrecarga crónica que afecta la calidad del trabajo que se realiza en ellas. Y por otra parte, como somos una sociedad de masas, la educación deja de ser un privilegio de pocos o de las clases ricas y se extiende a toda la población.

Si miramos de cerca el sistema europeo (Inglaterra, Francia Alemania los países nórdicos y hoy los países asiáticos) los alumnos al terminar la escuela primaria y secundaria son sometidos a un examen de selectividad draconiano, que deja a más de 80% fuera. Esta forma es una meritocracia del talento, no de la riqueza, ni del apellido, pero irrealizable en América latina, puesto que tal meritocracia contradice el principio de igualdad propio de nuestras democracias.

Podemos constatar que lo que agudiza la crisis educativa latinoamericana es el carácter político de la misma. La política lucha por borrar las diferencias entre viejos y jóvenes, entre niños y adultos, entre profesores y alumnos, estableciendo un plano de homogeneidad, cosa que resulta difícilmente realizable si lo que se busca, en verdad, es calidad. Este proceso sólo puede cumplirse a costa de la autoridad de los profesores, y a expensas de los estudiantes más dotados.

Pero todas estas explicaciones aún son superficiales, hay que ir al fondo mismo del asunto. Fondo que será discutido en tres supuestos básicos, que serán analizados a continuación:

Primer supuesto básico: Existe un mundo de adultos y existe un mundo infantil. El uno debe ser entregado al otro para que lo gobierne. Pero ocurre que en las nuevas teorías modernas, ambos mundos son autónomos. De modo que dentro del mundo infantil, los niños quedan sometidos a la autoridad tiránica del grupo, mucho más cruel y despiadada que la autoridad de los adultos. Como los niños no pueden razonar, no se puede revelar un ordenamiento lógico y justo del mundo que construyen. Así al emanciparlo de la autoridad de los adultos, el niño queda sujeto a una autoridad aterradora y tiránica (la de la mayoría recordemos a William Golding en "El señor de las moscas"). El mundo de los adultos se cierra para ellos, y los adultos inermes frente a tal situación sólo pueden decir "hagan lo que quieran y eviten que ocurra lo peor". Frente a esto, los niños y los jóvenes reaccionan de dos maneras: refugiándose en el conformismo o en la delincuencia y, a menudo, en una mezcla de ambos.

Segundo supuesto básico: Se relaciona con la influencia de la psicología moderna en la enseñanza. La pedagogía durante el siglo XX, se desarrolla como una ciencia de la enseñanza, emancipándose por completo de la materia concreta que se va a transmitir. Se pensó que un maestro era una persona que podía enseñarlo todo, es decir, sin especialización en alguna materia específica. Profesores, por tanto, expertos sólo en el aprendizaje y que trae como consecuencia el descuido de la preparación del profesorado en sus asignaturas específicas, situación que se devela sobre todo en la educación pública. El profesor no conoce así su propia asignatura y ocurre que sabe tan poco su materia que se encuentra al mismo nivel de sus alumnos.

Por otra parte, los alumnos están literalmente abandonados a sus propias posibilidades y en consecuencia no cuentan con la autoridad legítima propia del maestro. Este es el papel pernicioso que ha jugado la moderna "teoría de la enseñanza" en la crisis de la educación.

Tercer supuesto básico: Se trata del criterio, sostenido por el mundo moderno, que encuentra su expresión sistemática en el pragmatismo que se sustenta en el siguiente slogan: "Sólo se puede saber y comprender lo que uno mismo ha hecho". Su aplicación literal al campo educativo es tan primaria como obvia: sustituir el aprender por el hacer. La consecuencia de esto es que el profesor, que no conoce su propia asignatura, está obligado a ejercer la actividad continua del aprendizaje para no transmitir el así llamado "conocimiento muerto" y en cambio pueda demostrar cómo se produce cada cosa. La intención conciente no es transmitir conocimiento, sino habilidades y competencias.

Para poder llevar a cabo esta reforma se partió por borrar las diferencias entre "juego y trabajo" y por cierto se optó por la primera. El juego, se supone es la forma más apropiada al comportamiento del niño. Se pensó que la actividad infantil estaba ante todo en el juego y, por lo tanto, había que desterrar el aprendizaje por el trabajo, lo que obliga al niño a mantener una actitud pasiva y lo hace perder su actividad lúdica (el ejemplo más claro de esta sustitución del aprender por el hacer y del trabajo por el juego se da en la enseñanza del idioma: se enseña hablando y no estudiando gramática y sintaxis, hoy vemos las consecuencias de esto en nuestros jóvenes estudiantes).

La consecuencia más grave de esta sustitución es que se mantiene artificialmente a los niños en un mundo infantil y se rompe la relación natural que estos deben mantener con los adultos que son los encargados de introducirlos en el mundo real. La infancia es sólo una etapa

en la preparación de la edad adulta y no hay que prolongarla más allá de lo estrictamente necesario.

La actual crisis de la educación nace de estos tres supuestos básicos, y del intento de transformar todo el sistema educativo basándose en ellos. De esta forma, Arendt se pregunta qué podemos aprender de esta crisis, o más bien qué reflexión profunda podemos hacer sobre el papel que desempeña la educación en la cultura, puesto que los adultos tenemos la obligación y la responsabilidad de hacernos cargo de los niños.

La educación es una de las actividades más elementales y necesarias de la sociedad humana, que por cierto no se mantiene siempre igual, sino que se renueva sin cesar por la constante llegada de nuevos seres humanos al mundo. Todo educador tiene que partir considerando que todo niño es nuevo en un mundo extraño y está en proceso de transformación. Es decir, es un nuevo ser humano y se está convirtiendo en un ser humano. Lo que lo diferencia del animal es que es nuevo sólo en relación con el mundo que existía antes que él y que seguirá existiendo después de él y es este el mundo en el cual deberá pasar su vida entera. De no ser así, la educación sería otra función vital más.

Estas dos responsabilidades no son coincidentes y pueden entrar en conflicto una con otra. Por una parte, la responsabilidad del desarrollo del niño es contraria a la entrada en el mundo, puesto que esta requiere protección y cuidado especiales para que el mundo no los destruya y por ello su lugar está en la familia, sitio en donde los adultos entran desde el mundo exterior para refugiarse en las paredes del mundo interior, en lo privado de la vida familiar. Esto es así a lo largo de toda la vida, pues sin ese suelo protector no se puede salir adelante (para expresar esta idea Arendt emplea la metáfora de la planta que necesita de la oscuridad para crecer hacia la luz. Este problema es sin duda claro en los hijos de los famosos, cuyas vidas privadas irrumpen en la esfera pública).

La segunda responsabilidad consiste en introducirlos en el mundo a través de la educación. Introducción que por cierto ha de ser gradual, y he aquí un problema al cual nos vemos enfrentados: el mundo de las mujeres, de los trabajadores y el mundo de los niños fue emancipado y se volvieron autónomos, con sus propias jurisdicciones y derechos. El resultado de esta operación operó a la inversa en el mundo de los niños, puesto que los niños estando aún en etapa de crianza no pueden ni deben emanciparse. El estado exige que los niños vayan a la escuela, esto es, el mundo público se hace responsable a través de las escuelas de la educación de los niños.

En la educación esta responsabilidad adopta la forma de autoridad. Todos sabemos hoy como están las cosas con respecto a la autoridad. Al eliminar la autoridad pueden ocurrir dos cosas: cada uno individualmente se hace responsable del curso de los asuntos del mundo y o bien, se rechazan las demandas del mundo y la exigencia de introducir un orden en este y, por tanto, se rechazan las órdenes y las obediencias a ellas. En el mundo contemporáneo se dan ambas formas.

En la educación, sin embargo, no pueden existir tales ambigüedades. Los niños no pueden desechar la autoridad educativa, como si necesitasen ser liberados de ella, puesto que esta los oprime. Por otra parte, los adultos que se niegan a asumir la autoridad desechar también su responsabilidad. Esto no es un hecho producido por la crisis de la educación, es más bien un acontecimiento de la vida pública en donde un ejemplo claro es la pérdida de autoridad de los políticos que recae sobre la esfera de lo privado.

Es esta pérdida de autoridad en la esfera pública y privada es lo que generó “la crisis de la educación” en América latina. Los niños se enfrentan a padres impotentes, frente al mundo y frente a la vida familiar y replican: “Haz lo mejor que puedas, pero no me pidas cuentas, somos inocentes y nos lavamos las manos frente a ti”. Esta forma de desesperanza es propia de la sociedad de masas y el rechazo a conservar la tradición en la educación la deja expuesta a todos los vientos.

Para Arendt la educación necesariamente ha de ser conservadora, pues tiene que preservar la novedad que trae consigo cada nuevo ser que llega al mundo, pero a la vez introducirlo en un mundo viejo, que siempre será anticuado para los recién llegados. Así la verdadera dificultad de la educación contemporánea, es la resistencia frente a la actitud conservadora. Sin embargo la actitud del educador es precisamente mediar entre lo nuevo y lo viejo; la profesión misma exige un gran respeto por el pasado, como lo fue en el mundo griego y romano. Polibio decía que educar es “hacerte ver como digno de tus antepasados en todos los ámbitos de la existencia”. La autoridad del maestro residía en los conocimientos del pasado que transmitía al alumno, en la apertura para no impedir que este aportara también su novedad.

Hoy nos encontramos en esa posición, sin embargo, sabemos que la educación no puede renunciar a la autoridad ni a la tradición, a pesar de desarrollarse en un mundo en el cual no se cuenta con esas estructuras. Entonces ¿qué se puede hacer?, ¿cómo debemos actuar? Una posible y sensata respuesta puede ser que partamos de la clara comprensión de que el objetivo de

la escuela ha de ser el enseñar a los niños cómo es el mundo y no dar instrucciones sobre el arte de vivir, cuidando que entre adultos y niños no se cree una barrera infranqueable. No se puede educar sin enseñar. Una educación sin aprendizaje es vacía y puede degenerar en una moral retórica- emotiva. Pero es mucho más fácil enseñar sin educar. Cualquiera puede aprender cosas toda la vida sin que por ello se convierta en una persona educada.

Finalmente, y a modo de conclusión, Arendt admite que no se debe remitir la educación a la ciencia especial de la pedagogía, pues la educación es mucho más que eso. Esta es por tanto, la responsabilidad que debemos asumir las personas adultas si amamos a nuestros hijos. Responsabilizarnos, sin arrojarlos a este nuestro mundo liberados a sí mismos y a sus propios recursos, pero tampoco quitarles la posibilidad de emprender algo nuevo.